

Pepita Serrador

ME habrían dicho de ella que era joven, guapa e inteligente. Tres calificativos que en muy contadas ocasiones pueden aplicársele a una mujer. Y no precisamente porque no las haya guapas y jóvenes, y jóvenes e inteligentes, y también guapas a secas, sino porque la suma perfección no es atributo del ser humano, por muchos que sean los atributos de la mujer como tal. Y no obstante, por ser joven, guapa e inteligente, creo que Pepita Serrador tendrá muchos defectos que compensarán el peso de tantas virtudes, aunque sólo sea para dar qué hablar a los que la rodeen.

Y siendo cierto que hubo una vez una primera mujer abogado, médico y hasta creo que diputado, y escritora, y también una primera votante política, con sorpresa me pregunto: ¿cómo no ha habido nunca una



Pepita Serrador

mujer payaso? Como «Groek», como los «Andrews». Así, payaso de circo, buscándole la caricatura a la inteligencia, a la tontería, a la ingenuidad y a la ingenuidad y a la listeza. Que ahí está Pepita Serrador con su arqueado instinto de comedianta, gatuna y personalísima, para cubrir esa vacante.

A grandes trazos, su arte un poco grueso y barnizado de sutilidades, nos da a ratos la parodia del viejo dramón recitativo y ampuloso, gesticula a veces con la payasada a punto, y, en según qué momentos, monta a horcajadas de las grandes pasiones y las reduce a polvo de caricatura. Su manera de hacer, siempre en pose de escenario, tiene algo que ver con la mecánica. Con esa mecánica de relojería que acierta, por su perfección, a dar la hora exacta de las actividades más diversas. Pero siempre en plan de payaso excepcional, sus interpretaciones tienen algo de circenses, incluso cuando domina el eficaz resorte de su comicidad y empalma sin brusquedades con lo sentimental.

Tiene carácter y personalidad —y ya que no se trata de un estudio grafológico—, puede añadirse que posee el arte difícil de ridiculizar el ridículo. En la elaboración de su propia comicidad, Pepita Serrador va tan lejos, que uno se atreve a pensar que alcanza ya a hacer la caricatura de la caricatura. Que éste es, sin duda, el arte de los grandes payasos.

Una vez vista y oída, al salir del teatro, uno cierra los ojos y se la imagina —sola, individual y graciosa— dando la cara en la soledad de una pista de circo, bajo la luz focal de unos reflectores. Y en la risa que nos ha dejado dentro queda ese punto de admiración que nos causa siempre la presencia de una persona con carácter.